

PRETEXTOS

de Andrés HENESTROSA

UN FRAUDE LITERARIO DE RIVA PALACIO

Lo contó primero Francisco Sosa. Lo contó después José Luis Martínez. Vicente Riva Palacio, coludido con otros literatos de su tiempo, inventó a una poetisa no obstante el numeroso corro que de ellas existía. Y fue así: una noche del año de 1872, los miembros del Liceo Hidalgo, presidido en la ocasión por Ignacio Ramírez, expidió diploma de socia honoraria a propuesta de Anselmo de la Portilla a Rosa Espino, poetisa graciosa y delicada que había becho su aparición en las páginas dominicales de El Imparcial. Tocó a don Anselmo hacer el elogio de aquella poetisa unánimemente admirada por los liceanos. Para escribir como Rosa Espino, dijo dirigiéndose a Vicente Riva Palacio, se necesita tener una alma de mujer, y de mujer virgen. Esa ternura y ese sentimiento no los expresa así jamás un hombre, concluyó. Y los que estaban en el secreto rieron de buena gana, entonces y siempre que vieron reproducidas sus poesías anticipadas de entusiastas elogios. Pero hay algo que no contaron Sosa y Martínez, y es que a punto estuvo Juan de Dios Peza de aclarar en la Revista publicada en el Anuario de 1877 de Filomeno Mata, quién era Rosa Espino la poetisa inventada por el General para burlarse de los pedantes de su tiempo. En efecto, en dos ocasiones en el curso del artículo que escribió sobre los Poetas y Escritores Modernos Mexicanos confiesa que Riva Palacio había publicado muchos versos con su nombre, pero que una mayor parte con un seudónimo femenino en una hermosa edición, refiriéndose de esta manera a Flores del Alma con prólogo de Francisco Sosa, México 1875. Y dice más adelante: "Rosa Espino... Este nombre sirvió de seudónimo a uno de nuestros más inspirados vates y no quiero sin su permiso descubrir el secreto. Baste decir que las Flores del Alma se han agotado y son leídas con gusto. ¿Qué importa saber quién fue el autor que no necesitó de ese libro para ser conocido y conquistar un puesto en el Parnaso?" Y Peza se pregunta a renglón seguido quién pudiera ser Flora. "Ha colaborado en el Federalista, pero no sabemos con certeza quién es... algunos aseguran que... ¡Silencio! No hay que dar cabida a hipótesis infundadas".

¿Era Flora otro seudónimo del General? La elucidación de esta incógnita es cosa que dejo en manos de José Luis.

DE ANTOLOGIAS

Hasta que Clemente López Trujillo no publique la Bibliografía de Antologías Poéticas, que viene preparando desde hace un cuarto de siglo, no sabremos bien a bien cuántas son las mexicanas. Porque cuando creemos haber registrado todas, nos sale al paso una desconocida, a veces a pesar de que sea reciente. Tal cosa me ha ocurrido con el Album Literario en verso arreglado, prologado y editado por Lázaro Pavía en el año de 1889. Aunque el autor nos dice en la portada que se ha formado con poesías de los más renombrados literatos de casi todo el mundo, lo cierto es que no incluye sino a unos cuantos que no sean de América: Tennyson y Heine, del Palacio, Reyna y Rueda. Los demás hispanoamericanos, principalmente de México, por lo que no es osado calificarlo de florilegio mexicano. Lázaro Pavía escribe para el Album un extenso prólogo en que tras de definir lo que ha de entenderse por poetas y poesía, traza breves juicios y semblanzas de los autores seleccionados siendo estos en su mayoría los precursores y fundadores del Modernismo —que el antólogo llama simbolismo— encabezados por Salvador Díaz Mirón, príncipe de los poetas americanos. Las opiniones literarias de Pavía al paso que entusiastas, son discretas, mesuradas. Entre los grandes poetas hispanoamericanos destaca a Darío, a Chocano, a Gutiérrez Nájera y a Urbina; pero no a Martí y a Silva; pero no a Sierra y a Neruo. Y se detiene un instante en Salvador Rueda, amigo de Rubén por unos días.

Algo que llama desde el primer momento la atención es un rasgo de la ortografía que el autor usa: i por y en todos los casos, aunque no j por g que algunos autores americanos usaron en el siglo pasado: Alberdi, Sarmiento, González Prada, y hoy Gabriela Mistral. Y en España, Juan Ramón Jiménez.

Al terminar Cabrera rechazando la teoría de Husserl "porque es una teoría de la sociología individualista", él propone, sin desarrollar sus tesis ni sus fundamentos —como dice Gaos en el prólogo—, una "metafísica de la solidaridad" que podría ser el fundamento de la teoría sociológica. Es posible, sin embargo, que la solución propuesta por

Cabrera se encuentre con las mismas dificultades de las teorías que él rechaza, ya que para encontrar aquel ser del conocimiento por el que Heidegger pregunta, no nos parece bastante hacer la descripción del fenómeno del conocimiento, como tampoco parece consecuente que al ser "El yo sin una integración ajena, una pura nada" —como

terarias alrededor de un vivo material amoroso, romántico e ingenuo. La prosa está cortada a golpes, nerviosamente, sin parrafadas extensas y con deshilvanados monólogos.

El autor escribió el libro entre 1934 y 1936 y declara al final: "Lo miro con cariño porque es el libro que pudo ser y no es. El mundo me ha preñado de otras cosas. Tal vez es lástima, posiblemente no. Y me lo dedico a mí mismo, in memoriam".

L. E. C.

MANUEL CABRERA MACIÁ. *Bases para una fundamentación de la Sociología*. Prólogo de José Gaos. Colección "Cultura Mexicana", Imprenta Universitaria, México, 1953.

En las 96 páginas de este libro, que otra vez se publica, el autor se propone darnos las bases para fundamentar filosóficamente la teoría sociológica, asunto de importancia indiscutible: "Ha de ser una metafísica del conocimiento la que nos entregue la realidad del yo ajeno en una segura fundamentación". "El Problema" es para Cabrera la localización, el conocimiento del yo extraño, para formar así "la conciencia de la especie, base de la ciencia social". Con ese objeto analiza, para aplicarlas al problema, tres teorías: la del raciocinio por analogía, la de la proyección sentimental (Lipps) y la teoría de la representación analógica de Husserl, en cuyo examen, el autor concentra el principal interés de la obra.

A la manera casi humana hace ver el filósofo las inconsecuencias que surgen al aplicar la teoría del juicio analógico: "La inferencia por analogía dice así: Q es P; S es semejante a Q; luego S es P". Como se observa en la discusión, esta inferencia basada en una semejanza no resulta apodíctica. El autor recuerda las frases de Scheler: "cuando el juicio analógico llega a afirmar la existencia de un yo diferente al mío, formula una conclusión falsa, es un quaternio terminorum". "La teoría del juicio analógico —dice Cabrera— nos lleva al solipsismo porque no deja en nosotros sino un hecho incommovible: el yo propio."

Al hablar de la proyección sentimental, lo primero que el filósofo echa en cara al autor de la *Ein-fühlung*, es que su teoría carece de claridad, porque el proceso de la introfección, base del conocimiento del otro yo, "es en extremo brumoso" y "toda fundamentación ha de partir de principios indubitables." Al aplicar esta segunda teoría, Cabrera se tropieza nuevamente con el mismo peligro: el solipsismo.

El autor trae por último al papel las consideraciones husserlianas, sin duda más luminosas y geniales que las antes revisadas. Pero en Husserl, el autor encuentra la teoría de la representación analógica también amenazada por el solipsismo, pues "algo trascendente al ego de la reducción trascendental como —dice Husserl— es inconcebible, es absurdo". El autor de la Fenomenología plantea, para defenderse de esta objeción "la cuestión de la certeza de un yo ajeno, existente en sí, es decir, irreducible a la conciencia." Yo pienso que el análisis de este asunto podría llevar a discusiones interminables; pero Cabrera concluye decididamente: "la monadología de Husserl, fiel a la ausencia de supuestos, es una monadología solipsística", con ella se podría fundar tal vez una "egología" y no una sociología, puesto que si Husserl no estuviese de acuerdo con el ideal de una filosofía sin supuestos estaría explicándonos algo "que no es problemático".

dice el autor—, esto nos arroje una certeza del yo ajeno que nos baste para fundamentar la "conciencia de la especie" y para rechazar una concepción solipsística de la sociedad. E. L.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ. *Los problemas de nuestra cultura literaria*. Ediciones ET CAETERA. Guadalajara, 1953.

Reuniendo en este pequeño libro un grupo de artículos publicados en el suplemento dominical de "Novedades", J. L. Martínez se encuentra preocupado principalmente, como él mismo declara, por un vital problema: ¿Cómo hacer útiles para México, en sus actuales circunstancias, las formas superiores de la cultura, y en especial, las tareas literarias? Las distracciones íntimas impuestas al escritor por los problemas de la temática, el estilo y la técnica lo hacen quedar a veces alejado de los otros problemas, "los externos", los que exigen a la actividad espiritual interior el tránsito que pueda eslabonarla con el mundo al que se debe el literato. Insularizados por razones políticas, por barreras económicas y por nosotros mismos con nuestro "violento afán nacionalista", nos hemos refugiado en un "pequeño universo"; somos defensores y fiscales de nuestras producciones y no tenemos gran empeño en acercarnos a la comunidad universal. Nuestra actitud precisa revisarse; es necesario procurar "una doble corriente, hacia fuera y hacia dentro, de nuestra cultura", porque la cultura debe estar próxima al pueblo, ser expresiva para él; sin que esto quiera decir que no deban exaltarse las formas superiores del arte, la cultura y la técnica, condiciones imprescindibles para el desarrollo de la cultura popular.

Tal vez nos hace falta para dominar los instrumentos divulgadores a que aspiramos, "un hombre de espíritu y acción". Coincidiendo con Huxley (*Ciencia, paz y Libertad*), J. L. Martínez se da cuenta de que la mayor fuerza política, la potencia educativa y divulgadora más grande está lejos de sus manos, pues reside en los modernos medios comunicativos: la televisión, la radio, el cine, la prensa, ciclópeos magnavoces, todos ellos, de corrupción política, social, ética y estética. Dos funciones sociales de la cultura, concluye J. L. M., son las que extraemos de estas reflexiones: Cultura superior, investigadora y cultura educativa.

Las dificultades de la divulgación constituyen una responsabilidad ante nosotros, más bien que una buena excusa para lavarse las manos. Nuestra labor no puede continuar —insiste el escritor— viviendo en los círculos de aficionados: "¿Qué lecturas tiene a su alcance un obrero o un campesino? ¿Puede acaso comprar un libro, por el que deberá pagar el salario de dos o tres días?, y termina diciendo: "No se rebajarán ni se corromperán nuestras obras si aprenden a llegar a y entregarse al pueblo; antes bien, ganarán la nobleza y la autenticidad que aún no tienen".

E. L.

JOSÉ MARTÍ. *La clara voz de México*. Imprenta Universitaria. Prólogo de Raúl Carrancá y Trujillo. Compilación y notas de Camilo Carrancá y Trujillo. México, 1953.

Gracias a la cuidadosa labor realizada por el licenciado Camilo Carrancá, podemos ver en este libro